

Los orígenes de la Institución Argentino-Germana: una aproximación al intercambio académico de la Universidad de Buenos Aires en tiempos de la primera posguerra*

por Pablo Buchbinder

Abstract. – The aim of this paper is to analyze the origin of the Argentine-Germanic cultural institution founded in Buenos Aires in late 1922. We study the causes behind its foundation and competition and relationship during the 1920s with the Institute of the University of Paris in Buenos Aires and the Spanish Cultural Institution. We also analyze its involvement in academic exchange between Argentina and Germany.

Introducción

El 11 de septiembre de 1922, en la biblioteca del Colegio de Abogados de Buenos Aires, fue fundada la Institución Cultural Argentino-Germana. El acto de fundación contó con la presencia de figuras relevantes vinculadas con la vida institucional y diplomática alemana en Buenos Aires. Estaban presentes el embajador alemán, Adolfo Pauli, y el ex ministro de Relaciones Exteriores y presidente de la Corte Suprema de Justicia de Alemania, Walter Simons, de paso entonces por Buenos Aires. De acuerdo con lo explicitado por sus fundadores, el propósito de la Institución consistía en promover el intercambio cultural y académico entre la República Argentina y los países de habla alemana. El proceso que llevó a su fundación no ha sido

* Este trabajo forma parte de un proyecto más amplio dedicado a estudiar las redes académicas internacionales conformadas en torno a la Universidad de Buenos Aires entre los primeros años del siglo XX y los inicios de la Segunda Guerra Mundial. Cuenta con apoyo de la Agencia Nacional de Promoción Científico y Tecnológico. La consulta en el archivo del Auswärtiges Amt en Berlín fue posibilitada por una beca de reinvitación de la Fundación Alexander von Humboldt.

objeto, aún, de análisis específicos más allá de algunos trabajos de índole testimonial.¹ Al margen de esto, referencias ineludibles para su estudio son los juicios vertidos por Stefan Rinke, en particular, los contenidos en su libro *Der Letzte Freie Kontinent*, texto concentrado en el estudio de la política exterior de la República de Weimar hacia América Latina y también los incluidos en los diversos trabajos de Sandra Carreras destinados a analizar las trayectorias de los científicos alemanes migrantes hacia la región.² A diferencia de estos textos, atentos fundamentalmente a las dimensiones que vinculan a esta institución con las políticas culturales alemanas hacia el exterior o con las estrategias de los científicos alemanes en la Argentina, este trabajo se propone articular, además, el análisis de los orígenes de la entidad mencionada con las políticas de intercambio académico implementadas por la Universidad de Buenos Aires (UBA) desde principios de siglo y, en este contexto, en el marco de las estrategias de vinculación de esta casa de estudios con las instituciones académicas y universitarias europeas.³ Al mismo tiempo nos interesa insertar el estudio del proceso de fundación de la Institución en las controversias sobre las relaciones entre mundo académico, ciencia y política características de la Argentina de principios de siglo. En síntesis, a partir de este trabajo nos proponemos analizar algunos de los aspectos que signaron al intercambio académico durante los primeros años del siglo XX en el ámbito de la casa de altos estudios porteña, las limi-

¹ *Institución Cultural Argentino-Germana* (Buenos Aires 2003). Se trata de una publicación realizada por motivos conmemorativos por parte de las autoridades de la misma institución.

² Véase Stefan Rinke, '*Der letzte freie Kontinent*': *Deutsche Lateinamerikapolitik im Zeichen transnationaler Beziehungen, 1918–1933*, tomo 2 (Stuttgart 1996); Sandra Carreras, "Historias de una migración peculiar: vidas académicas entre Alemania y Argentina (1870–1930)": Ingrid Wehr (ed.), *Un continente en movimiento. Migraciones en América Latina* (Frankfurt am Main 2006), pp. 325–338; y los textos del dossier "Migrantes de origen alemán en Argentina": *Iberoamericana* 33 (2009), pp. 85–172. Una perspectiva de la conformación de redes académicas a nivel internacional en el período aquí analizado puede verse en Christophe Charle/Jürgen Schriewer/Peter Wagner (comps.), *Redes Intelectuales Transnacionales* (Barcelona 2006).

³ Es importante subrayar, por otro lado, que el intercambio científico entre Alemania y Argentina ha sido analizado particularmente para el caso de la Universidad Nacional de La Plata. Lewis Pyenson ha estudiado la experiencia de un grupo de físicos alemanes contratados durante la primera etapa de constitución de esta casa de altos estudios. Cabe diferenciar, en este marco, el contexto de las dos universidades: la de La Plata había sido fundada en 1905 y pretendía constituir una alternativa a las dos grandes universidades nacionales existentes por entonces en Córdoba y Buenos Aires. Fortalecer el intercambio académico con el exterior y reclutar docentes e investigadores en diferentes Estados extranjeros era uno de sus objetivos. Al respecto véase Lewis Pyenson, *Cultural Imperialism and Exact Sciences. German Expansion Overseas* (Nueva York 1985).

taciones que lo caracterizaron y sobre todo las dificultades que experimentaron las instituciones alemanas para competir exitosamente con los representantes de otras colectividades extranjeras en ese mismo proceso. Este texto privilegia, así, el estudio de la armazón institucional del intercambio y sobre todo su imbricación con componentes políticos y diplomáticos tanto alemanes como argentinos, dejando para una etapa posterior el estudio en profundidad del impacto científico e intelectual del mismo.

Fundadores y directivos

En el acto de inauguración antes mencionado, la Institución eligió sus primeras autoridades. El cuerpo directivo estaba integrado por Ricardo Seeber, quien fue designado presidente, y Gregorio Araóz Alfaro, Nicolás Besio Moreno y Alejandro Korn, nombrados vicepresidentes. Josué Beruti, finalmente, fue designado secretario general. También se nombraron aquí a los 40 miembros del consejo de la organización. El listado de socios fundadores, en cambio, era mucho más amplio, ya que llegaba a unos 370 integrantes. En líneas generales todos ellos eran representativos, en distintos aspectos, de la vida política, profesional y, sobre todo, académica argentina. Por supuesto también figuraban allí hombres prominentes de la comunidad germana residentes en Buenos Aires.

Un análisis del cuerpo de consejeros y autoridades de la Institución permite un acercamiento más preciso a la fisonomía del grupo que impulsó su fundación y planificó sus primeras actividades. La heterogeneidad que presenta el núcleo de los fundadores se revela también en el del cuerpo directivo de la Institución. Ricardo Seeber, el primer presidente, era quizás el miembro de la comisión directiva que tenía menor presencia pública. Era abogado y profesor suplente de la Facultad de Derecho. Provenía, además, de una familia de origen alemán residente en la Argentina desde principios del siglo XIX pero cuyos miembros mantenían todavía vínculos estrechos con su país de origen. Alejandro Korn, uno de los vicepresidentes, era hijo de un antiguo militante alemán que había participado en la revolución de 1848. Había realizado primero una carrera destacada como médico, dedicándose posteriormente a la enseñanza de la Filosofía. Hasta pocos meses antes de la fundación de la Institución había sido decano de la Facultad de Filosofía y Letras, siendo el primero electo bajo los estatutos de la reforma universitaria de 1918. Pero éstos eran los únicos miembros de la comisión directiva que ostentaban antecedentes familiares germanos prominentes. Nicolás Besio Moreno, el otro de los vicepresidentes era ingeniero civil. Tenía un papel destacado en las instituciones científicas y profesionales

vinculadas al ejercicio de la ingeniería. Era además, por entonces, presidente de la Sociedad Científica Argentina y lo había sido también del Centro Nacional de Ingenieros. Gregorio Araóz Alfaro, el último de los vicepresidentes, era médico y profesor en la facultad. Provenía de una familia tradicional tucumana y había estudiado en Europa y Estados Unidos. También había sido presidente del Departamento Nacional de Higiene y, más tarde, ocuparía ese mismo cargo en la Academia Nacional de Medicina. Su papel público, sobre todo en distintos espacios vinculados con la ciencia y la práctica médica, sería central durante toda la primera mitad del siglo.

El secretario general, Josué Beruti, también era médico. Aunque no desempeñaría un papel público tan relevante como Araóz Alfaro, sus vínculos académicos con Alemania, a donde viajaba periódicamente, eran sumamente fluidos. Había obtenido su título en Friburgo, revalidándolo posteriormente en la Argentina. Era por entonces profesor suplente de Clínica Obstétrica en la facultad y sería también, poco tiempo después, miembro del consejo directivo de ésta.

El listado de los consejeros muestra, por otra parte, la presencia de personalidades relevantes de la vida pública. Incluía a ex ministros de la nación, como Manuel Montes de Oca, Estanislao Zeballos o Emilio Frers. Se encontraban además figuras destacadas de la vida universitaria porteña, como Julio Méndez, ex decano de la Facultad de Medicina, y Coriolano Alberini, rector del Instituto Libre de Segunda Enseñanza. Estaban presentes, por otro lado, artistas renombrados, como el escultor Rogelio Iurtia y el pintor Fernando Fader. Por último, la presencia entre ellos de Avelino Gutiérrez, médico y profesor de la Facultad de Medicina, revelaba el interés de los fundadores por establecer vínculos amigables con las instituciones de otras comunidades extranjeras que llevaban a cabo actividades académicas en el ámbito porteño: Avelino Gutiérrez presidía por entonces la Institución Cultural Española.

Las figuras vinculadas con la comunidad alemana ocupaban también un lugar destacado entre los consejeros. Entre ellos estaba presente Carlos Meyer Pellegrini. Nacido en la Argentina y sobrino de un ex presidente de la nación, había desempeñado, tiempo antes, el cargo de ministro de Obras Públicas. Meyer Pellegrini había realizado sus estudios secundarios en Hamburgo y, como puede advertirse a partir de la lectura de los informes elevados por la embajada alemana a su Ministerio de Relaciones Exteriores, era el abogado recomendado habitualmente por aquélla a quienes procuraban llevar a cabo negocios en la Argentina. Además, sería miembro de varios de los directorios de las empresas alemanas radicadas en el país. El listado incluía, además, a profesionales como Erwin Bromberg, presidente de la Cámara de Comercio Alemana en Argentina, Christian Grotewold,

redactor del periódico *Deutsche La Plata Zeitung*, por entonces el principal periódico de la comunidad alemana en Argentina, y a Leo Schäfer, presidente de la Sociedad de Ingenieros Alemanes y poco tiempo más tarde gerente de Thyssen Lametal, una de las principales empresas alemanas asentadas en la Argentina.

Finalmente, los universitarios y profesionales alemanes que gravitaban en la vida de la ciudad también figuraban entre los consejeros de la asociación: el físico Richard Gans, profesor en la Universidad Nacional de La Plata, el médico Guillermo Röhmer, quien presidía además la sociedad científica-alemana, y los profesores Roberto Lehman Nitsche, un destacado antropólogo que enseñaba en las universidades de La Plata y Buenos Aires, y Guillermo Keiper, un filósofo que dictaba clases por entonces en el Instituto Nacional del Profesorado. Esta diversidad y amplitud en el reclutamiento de consejeros y fundadores revela, probablemente, la necesidad de extender y diversificar los apoyos de la nueva organización dentro de la sociedad porteña y su medio universitario, comprometiendo entonces en el mismo proceso de creación y organización de la entidad a autoridades académicas, empresarios, profesionales prestigiosos y representantes destacados de diferentes comunidades extranjeras vinculadas al intercambio universitario.

El intercambio académico desde principios de siglo: propuestas y controversias

Los orígenes de la Institución no pueden desvincularse de las acciones llevadas a cabo desde principios de siglo y que tenían como objetivo articular redes académicas de carácter internacional en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires. En este contexto cabe señalar que los ensayos por fortalecer, institucionalmente, las relaciones entre universidades europeas y argentinas databan de la primera década del siglo XX. Un capítulo de la disputa entre alemanes y franceses por afianzar lazos académicos a partir del intercambio de profesores se libró en la Argentina. Los franceses fueron en principio más exitosos, ya que lograron que la Universidad sancionase una ordenanza con ese propósito en agosto de 1913. Este proyecto fue cuestionado antes de su aprobación en el consejo superior de la Institución por Ernesto Quesada, un académico de formación germana, quien sostuvo que el modelo propuesto por los franceses no propiciaba en forma auténtica el canje de profesores. Para Quesada lo que se proponía con el esquema francés era, en realidad, un intercambio de conferencistas para un público general y extrauniversitario. La principal crítica a este modelo consistía en que

tenía escaso impacto sobre las actividades concretas de docencia e investigación de la Universidad. Para Quesada el verdadero intercambio era, entonces, el implementado por los alemanes en distintos lugares del mundo, como Estados Unidos. En este marco un profesor alemán dictaba un curso formal durante un semestre en ese país con criterio y mentalidad alemana y un norteamericano hacía lo propio en Alemania. Quesada había impulsado un convenio de estas características entre la Universidad de Berlín y la de Buenos Aires a finales de la primera década del siglo.⁴ Sin embargo no logró avanzar con éste, quizás por la exigencia impuesta por los alemanes, quienes solicitaban que la UBA estuviese en condiciones de enviar a doce candidatos para dar clase sobre su disciplina en alemán para así asegurar el éxito del intercambio durante un período de cuatro años. Pero, probablemente, la debilidad de la iniciativa alemana también se debiese a que, a diferencia de los franceses, los vínculos académicos se articulaban entre actores independientes, ya fuesen académicos o universidades, y no existía, como en el caso francés, una institución del Estado – la Inspección Superior – en condiciones de centralizar estas gestiones e intervenir para garantizar su desarrollo exitoso.

El desencadenamiento de la Gran Guerra impidió que alemanes y franceses pudieran avanzar con sus propuestas. El espacio de las iniciativas de intercambio fue ocupado en principio por los españoles, quienes a través de la estructuración de la Institución Cultural Española llevaron a cabo una política activa tendiente a invitar a profesores de la Península para dictar cursos breves y conferencias en Buenos Aires. Las actividades de esta organización gozaron de un fuerte impacto en la vida pública porteña.⁵ Pueden citarse varios ejemplos al respecto, pero probablemente el más relevante sea el suscitado por las conferencias brindadas por José Ortega y Gasset en el año 1916.⁶ La colaboración de la Institución Cultural Española fue central también en la visita de otros científicos, algunos de los cuales terminarían radicándose temporariamente en el país, como Amado Alonso, o definitivamente, como Julio Rey Pastor. Las contribuciones que ambos realizarían al desarrollo de la filología, en un caso, y las ciencias exactas, en el otro, serían fundamentales. Por otra parte, durante esos mismos años, la UBA

⁴ La intervención de Quesada en “Consejo Superior. Sesión de 1 de agosto de 1911”: *Revista de la Universidad de Buenos Aires* XV (1911), pp. 374–377.

⁵ Al respecto véase Isidro Sepúlveda, “La JAE en la política cultural de España hacia América”: *Revista de Indias* 239 (2007), pp. 59–80; y José María López Sánchez, “La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española”: *ibidem*, pp. 81–102.

⁶ Sobre las visitas de Ortega a la Argentina y su relación con la Institución Cultural Española véase Enrique Aguilar et al., *Ortega y la Argentina* (Buenos Aires 1997).

procuró fortalecer a través de diversos convenios los vínculos con instituciones universitarias uruguayas y brasileñas y firmó diversos convenios con ese objetivo.

Otro aspecto relevante del intercambio durante aquellos años consistía en que afectaba de manera desigual a las distintas unidades académicas de la Universidad de Buenos Aires. Esta desigualdad se explica por el hecho de que el grado de internacionalización de las diferentes comunidades ligadas a cada facultad era notablemente distinto. Los más internacionalizados eran los médicos, quienes confrontaban permanentemente sus prácticas con sus símiles del exterior y eran actores relevantes en las políticas de intercambio. Las actas de las reuniones del consejo directivo de la facultad muestran la permanente referencia a modelos externos, la búsqueda de ejemplos universitarios extranjeros para reformar planes de estudio o procedimientos de enseñanza y, sobre todo, la recurrencia a dos modelos distintos – el francés y el alemán –, puestos a veces incluso en disputa cerrada por integrantes, ya fuesen del cuerpo directivo o docente de la facultad. Los pedidos de licencia para viajes que articulaban motivos sociales con académicos, tanto a Alemania como a Francia, eran habituales y cada vez más frecuentes desde principios de siglo. Por otro lado, los procesos de internacionalización de los profesionales ligados a la Facultad de Derecho eran mucho más limitados, siendo aquí las referencias fundamentalmente nacionales. En los casos de Ciencias Exactas, convertida en una escuela de formación de ingenieros, y de Filosofía y Letras, creada recién en 1896, los procesos de intercambio tenían una dimensión importante aunque considerablemente menor que en el de los médicos.

La reconstrucción del intercambio durante los años 1920

Durante los primeros años de la década de 1920, los representantes de las potencias europeas que habían estado involucradas en la guerra intentaron volver a articular los vínculos académicos con la Argentina, en particular con la UBA, y recuperar así el terreno perdido. Cabe destacar, en este sentido, que la lucha entre alemanes y franceses por asegurar su influencia académica y cultural fue parte, nuevamente en los años 1920, de un fenómeno global. Los diplomáticos alemanes partían de la idea de que la guerra había provocado una disminución abrupta de su influencia cultural en América Latina. También la experiencia de aquellos años había fortalecido la idea de que las contiendas modernas se libraban no solo en los campos de batalla, sino además, y paralelamente, en la opinión pública. Era necesario ganar a las élites culturales de los países neutrales, y para eso el trabajo

sobre los medios de prensa tenía una importancia central. Pero además cumplían un papel primordial las relaciones culturales, ya que permitían fortalecer la mutua comprensión entre los pueblos.

Una característica central, entonces, de las modalidades que asumió el intercambio desde los años 1920, y que puede percibirse claramente desde el caso argentino, fue el papel cada vez más activo que en él comenzaron a desempeñar los agentes diplomáticos, a veces sobre y otras en estrecha articulación con las universidades y los académicos. Los documentos diplomáticos tanto franceses como alemanes muestran la viva preocupación de los funcionarios de las embajadas por desarrollar estrategias que pudiesen fortalecer la influencia de sus países en la Argentina, particularmente en Buenos Aires, y la importancia que otorgaban en este contexto a acciones como la propaganda en los periódicos, pero también a las actividades académicas, y en este marco sobre todo a los ciclos de conferencias procurando garantizar el alto impacto público de éstas.

El otro rasgo singular que asumió el intercambio durante esos años fue que, a partir de entonces, estuvo mediado por un conjunto de instituciones que, con diferentes modalidades, articulaban los esfuerzos de las distintas universidades y sus académicos que participaban en estas actividades. Probablemente la primera iniciativa en este sentido fue la que tomaron los españoles, quienes, como ya señalamos, antes de la guerra habían fundado la Institución Cultural Española. Ésta sostendría una cátedra en la UBA que, según los estatutos, debería ser desempeñada por científicos y eruditos peninsulares. Los costos de la cátedra eran asumidos, financieramente, por miembros de la colectividad española en Buenos Aires, y la decisión en torno a quienes serían los profesores invitados quedaba en manos, en última instancia, de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas con sede en Madrid y dirigida por el prestigioso médico y científico Santiago Ramón y Cajal.

La necesidad de sostener las iniciativas de intercambio cultural a partir del desenvolvimiento de instituciones intermedias se hacía sentir también entre los diplomáticos alemanes, que estimularon esta tendencia en aquellos lugares donde buscaban ejercer su influencia cultural. Como ha señalado Stefan Rinke, éstos postularon que los vínculos culturales debían ser ahora articulados a partir de instituciones surgidas de la sociedad civil.⁷ Una nota dirigida por el consejero de la embajada alemana en España al ministro de Estado de dicho país señalaba que las limitaciones financieras del Gobierno alemán excluían “casi por completo toda actividad eficaz para el fomento

⁷ Rinke, *Der letzte freie Kontinent* (nota 2), p. 425.

de aspiraciones culturales alemanas en el extranjero [...]”.⁸ Según este testimonio las secciones correspondientes del servicio público alemán en el exterior debían limitarse a ayudar a las organizaciones privadas, tratando de mantenerlas en armonía con las exigencias de la política general en Alemania. De todas formas, sostenía también este funcionario que esa había sido la situación en el período previo, ya que las instituciones que tenían mayor participación en la actividad de difusión de la cultura alemana en el exterior eran privadas. Pero la observación podría extenderse a otros casos nacionales, y la conformación en el ámbito porteño del Instituto de Cultura Itálica y de la ya mencionada Institución Cultural Española muestra la gravitación de estos organismos, centrales para comprender las características que asumió el intercambio académico en la Argentina a partir de principios de la década de 1920. Se trataba en ambos casos de instituciones formadas por grupos de la sociedad civil que, de todas formas, actuaban en estrecha consonancia con organismos oficiales o semioficiales, lo que puede verse particularmente con claridad en el caso español.

Pero es preciso subrayar que la iniciativa, luego de finalizada la guerra, la tomaron nuevamente los franceses, quienes en septiembre de 1921 fundaron el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires.⁹ Se trataba, en principio, de una propuesta no oficial pero que tenía fuerte respaldo institucional tanto del lado argentino como del francés. Esto le permitía ser percibida como la institución central para la articulación del vínculo académico entre la Argentina y Francia, aun cuando ese vínculo se había establecido solo con la UBA. Cumplía a pesar de esto con el requisito de no ser comprendido como un organismo propio de la embajada o del Estado francés. Como se señalara en una comunicación entre funcionarios de los ministerios de Asuntos Extranjeros y de Guerra de Francia, para ser verdaderamente eficaces, las acciones de propaganda cultural debían ser conducidas por agentes que no tuvieran carácter oficial y no perteneciesen tampoco a la representación francesa.¹⁰

Por otro lado es posible observar que las estrategias de intercambio cultural de las embajadas europeas en Buenos Aires estaban pensadas en estrecha relación y en competencia mutua. Por supuesto, como ya señalamos,

⁸ Dr. Soehring, Relator y Consejero de Legación al Dr. Sr. Conde de San Esteban de Cañongo, Ministro de Estado, Berlín, 11 de abril de 1923: Politisches Archiv des Auswärtigen Amts (en adelante PAAA), R. 60431.

⁹ Sobre esta institución véase Hebe Pelosi, *Argentinos en Francia. Franceses en Argentina. Una biografía colectiva* (Buenos Aires 1999).

¹⁰ “M. Millerand, Président du Conseil et Ministre des Affaires Etrangères a M. André Lefevre, Ministre de la Guerre, Paris, 23 Juillet 1920”: Ministère des Affaires Étrangères (ed.), *Documents Diplomatiques Françaises* (Paris 1999), p. 304.

los antecedentes al respecto pueden encontrarse en los años anteriores a la guerra y en un contexto caracterizado por la preocupación por asegurar la influencia cultural en América Latina en términos generales. En junio de 1912, E. Martinenche, un hispanista francés que cumplió un papel central en la articulación de los vínculos académicos entre las universidades francesas y las hispanoamericanas, señalaba que la acción cultural francesa en este continente despertaba fuertes recelos y había provocado el desarrollo de las actividades del Instituto Alemán-Sudamericano en Bonn que procuraba seguir el ejemplo francés.¹¹ Diez años después, en junio de 1922 y en referencia específica a la Argentina, el ministro de Francia en Buenos Aires, M. Clause, informaba sobre el particular a su ministro de Relaciones Exteriores destacando la activa competencia germana y comentando que, a pesar de los esfuerzos hechos por funcionarios e intelectuales franceses como Georges Dumas, las facultades argentinas estaban llenas de profesores germanófilos. En este contexto afirmaba que el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, recientemente creado, debería afrontar una dura competencia.

El embajador francés juzgaba a sus diversos competidores de manera distinta: de los españoles afirmaba que, a pesar de contar con la ventaja del idioma no tenían método, eran muy desordenados y, por esa razón, sus esfuerzos no daban buenos resultados; los italianos preferían ejercer su influencia a través de sus compatriotas residentes en el país; los ingleses y americanos, mientras tanto, buscaban actuar mediante su poder económico dejando en un segundo plano la conquista intelectual. Los dos países que, en cambio, daban testimonio de su voluntad de penetrar en la Argentina a través de la actividad intelectual eran Francia y Alemania. Por eso, el embajador celebraba la conformación del Instituto de la Universidad de París, ya que dicha influencia no dependería desde entonces – consideraba – del humor o las ganas de viajar de políticos, literatos o profesores, dando así coherencia a los intentos desordenados llevados a cabo durante el pasado.

Los alemanes, comentaba, no seguían el mismo camino. Uno de sus principales problemas, sostenía, era el desconocimiento del español. Sin embargo, contaban con una estrategia consistente y no desaprovechaban ninguna ocasión para hacer demostraciones de simpatía en el medio universitario. La ventaja que tenían sobre los franceses estaba en su capacidad para publicitar sus actividades y la voluntad de invertir dinero en esta propaganda. El embajador, en esta y en otras comunicaciones posteriores, mostraba su preocupación por lo que comprendía era una activa capacidad de

¹¹ Ernest Martinenche, "L'Action du 'Groupement' pendant l'année 1912": *Bulletin de la Bibliothèque Americaine* 2 (1912–1913), pp. 257–262.

los alemanes para difundir sus posturas políticas y para incidir en la prensa a partir, entre otros aspectos, del peso de las asociaciones y empresas de origen alemán existentes en el país.¹²

Los funcionarios de la embajada alemana, por su parte, prestaron particular atención e informaron con detalle sobre la fundación del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires y plantearon la necesidad de limitar su gravitación. Lo percibían como un vehículo privilegiado para la difusión de la propaganda cultural francesa. Contrarrestar el peso de dicha institución presentaba para los diplomáticos germanos un fuerte obstáculo: la necesidad de contar con profesores alemanes que pudiesen dar clase en español. Una posibilidad concreta de lidiar con la iniciativa francesa la encontraron justamente a partir de la fundación de la Institución Cultural Argentino-Germana.

A pesar de que, como hemos señalado, el intercambio fue estructurado desde el fin de la guerra por instituciones hasta cierto punto independientes y que actuaban como intermediarias entre la Universidad de Buenos Aires y las universidades y los institutos científicos extranjeros, es importante subrayar, una vez más, que estas mismas instituciones presentaban diferencias significativas entre sí. Creemos que el éxito, la continuidad y la consistencia de los programas de intercambio estuvieron determinados, en alguna medida, por las propias características y naturaleza de aquéllos. En consecuencia, si bien desde una perspectiva general podrían parecer entidades similares, un examen en profundidad del funcionamiento de cada una revela diferencias sustantivas. Mientras que la Institución Cultural Española era en realidad un organismo dependiente de una asociación de inmigrantes españoles residentes en Argentina que buscaba impulsar el desarrollo de la ciencia en España, el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires tuvo desde sus orígenes una activa presencia de sectores vinculados oficialmente con el Estado y las universidades francesas. El análisis de las características de la Institución Cultural Argentino-Germana es el objetivo de los apartados que siguen.

Particularidades alemanas

Los diplomáticos alemanes asentados en Buenos Aires vieron en la Institución Cultural Argentino-Germana un contrapeso a la presencia francesa en el mundo académico, y en ese sentido celebraron su creación. Transcurrido

¹² “M. Clause, Ministre de France a Buenos Aires, a M. Poincaré, Ministre des Affaires Etrangères, Buenos Aires, 22 de Juin de 1922”: Ministère des Affaires Étrangères (ed.), *Documents Diplomatiques Françaises, 1922*, tomo I (Bruselas 2007), pp. 776–779.

un tiempo, también resolvieron apoyar decididamente sus actividades. Sin embargo, nunca la percibieron como una institución propia de su comunidad asentada en la Argentina, como los españoles a la Institución Cultural Española, o relacionada estrechamente con su Estado, como los franceses miraban de algún modo al Instituto de la Universidad de París. Estas impresiones pueden percibirse en los diferentes informes brindados desde la conformación de la Institución. Días después de su fundación, el embajador alemán informaba a sus superiores sobre el evento sosteniendo que había sido muy bien recibido por la prensa. Sin embargo, juzgaba a la iniciativa como totalmente argentina y señalaba que el principal peligro que se corría era que en ella no fuesen tomados en cuenta los elementos alemanes.¹³

Los reparos de los diplomáticos alemanes a la hora de establecer y articular los vínculos con la Institución Cultural reflejan de manera bastante adecuada algunas de las aspiraciones de los grupos que lideraron su creación. En este sentido creemos que es pertinente el intento de profundizar en el estudio de las diferencias con las otras dos grandes instituciones antes mencionadas. Como ya señalamos, la de los franceses revelaba una sólida articulación entre sectores relacionados con las agencias del Estado dedicadas a fomentar los vínculos culturales con el exterior, el cuerpo diplomático francés y los académicos argentinos que simpatizaban con la causa internacional del país. La de los españoles, por su parte, asociaba estrechamente a la comunidad de ese origen residente en Buenos Aires con las instituciones científicas de la Península. La Institución Cultural Argentino-Germana, en cambio, mostraba el predominio de un sector de académicos argentinos que, además de manifestar su afinidad con el mundo universitario alemán, en algún caso por haber realizado allí sus estudios, al mismo tiempo eran defensores celosos de la neutralidad y sobre todo proclamaban la necesidad de preservar a la práctica de la ciencia de los efectos de los conflictos políticos, particularmente, en este caso, los internacionales. A la vez, esta férrea voluntad generaría tensiones internas relevantes dentro de la Institución, sobre todo con los miembros que representaban a la colectividad alemana en Buenos Aires, y también un cierto distanciamiento con los integrantes del cuerpo diplomático alemán.

Cabe señalar que algunos integrantes destacados de la Institución se habían manifestado públicamente, tiempo antes, contra la posibilidad de que las controversias políticas alterasen el funcionamiento de la comunidad académica y científica local contaminando sus prácticas y valores. Era el caso del secretario general, Josué Beruti: por un lado, en el contexto de la

¹³ "A. Pauli, 'An das Auswärtige Amt', Buenos Aires, den 22. September 1922": PAAA, R. 64677.

inmediata posguerra se había convertido en un entusiasta defensor de las tradiciones científicas y culturales alemanas; por otro, limitar la nacionalización de las controversias científicas había constituido una de sus preocupaciones fundamentales. Su escrito *Beligerancia Científica. La medicina alemana* testimonia, en este contexto, en gran medida esta preocupación.¹⁴

Este breve opúsculo fue publicado en el año 1920 y sintetiza una serie de opiniones vertidas tiempo atrás en diferentes publicaciones porteñas. El texto refleja de manera muy clara el tono de los debates que tuvieron lugar en el seno del sistema universitario argentino al iniciarse la guerra. La Academia de Medicina de Buenos Aires, organismo ligado estrechamente a la facultad y que congregaba a los médicos más prestigiosos de la ciudad, se había pronunciado públicamente a favor de la Entente, dando prueba así de su simpatía por la causa francesa. La nota provocó la reacción de varios médicos destacados que la consideraron improcedente. Sobre esta base Beruti se manifestó en forma decidida por la necesidad de preservar a los debates académicos y científicos de las controversias políticas, en particular de las derivadas de los patriotismos y nacionalismos de la inmediata posguerra. En este sentido, y en forma enfática, afirmaba que “desde el punto de vista universal de la ciencia no pueden ni deben mediar simpatías o antipatías”. En este contexto insistía en defender el carácter necesariamente cosmopolita que, según su criterio, debía inspirar a la cultura científica nacional: “Para formar escuelas debemos empezar por lo más sencillo: acumular conocimientos, importar las ideas extranjeras, assimilarlas, discutirlos”.¹⁵

La necesidad de preservar la práctica de la ciencia de estas discusiones inspiraba a muchos de los científicos y académicos que, como Beruti, participaron en la fundación de la Institución Cultural Argentino-Germana. Sin embargo, la misma heterogeneidad que signaba a su grupo fundador provocó que controversias similares a las que preocupaban a Beruti se reflejaran en su seno prácticamente desde su origen. En este caso, el problema se suscitó a partir de la propuesta de distinguir y gestionar una invitación para que Albert Einstein visitase la Argentina. Se trató de una moción intensamente debatida entre los miembros del consejo. Una de las principales voces que se levantó para impugnar la propuesta fue la de Guillermo Röhrmer, quien, según el informe diplomático alemán, había sido acompañado

¹⁴ Josué Beruti, *Beligerancia Científica. La medicina alemana* (Buenos Aires 1920).

¹⁵ *Ibidem*, p. 36. Sobre la actuación pública de Beruti puede verse también Andrés Reggiani, “De rastacueros a expertos. Modernización, diplomacia cultural y circuitos académicos transnacionales, 1870–1940”: Ricardo Salvatore (comp.), *Los Lugares del Saber* (Buenos Aires 2007), pp. 159–187.

en sus objeciones por el jefe de redacción de la *Deutsche La Plata Zeitung*, Christian Grotewold.¹⁶ Pero era Röhmer, en realidad, quien para los diplomáticos alemanes representaba más genuinamente a la fracción germana de la Institución. Se trataba de un médico militar alemán que había llegado a la Argentina a partir de una invitación de Mariano Castex, un prestigioso médico porteño, en 1910. Desde entonces viajó varias veces entre Alemania y Argentina ejerciendo incluso su profesión en Europa durante la Primera Guerra Mundial. Había sido designado médico jefe y cirujano del hospital alemán y luego presidente del “*Deutscher Volksbund für Argentinien*”. Por otra parte, los argumentos esgrimidos para rechazar la invitación a Einstein hacían hincapié en su condición de traidor a la causa alemana por sus vínculos con los movimientos pacifistas.

Si bien es difícil medir cómo la iniciativa de invitar a Einstein afectó a la participación de sectores de la comunidad alemana en la Institución, es posible advertir que generó una fractura que terminó alejando de los primeros planos a los miembros de ésta y dejó la dirección en manos de los académicos y científicos argentinos debilitando de todos modos a la misma Institución. Alejandro Korn se opuso con vehemencia a las objeciones de Röhmer argumentando la necesidad de no mezclar los temas de la política en las cuestiones relativas al intercambio académico entre los países. Como vocero de los profesores argentinos sostuvo que las convocatorias a académicos alemanes no podían ser decididas en función de los prejuicios de profesionales o aficionados de ese origen sino partiendo de las aspiraciones y los deseos de los universitarios locales.¹⁷ Este tipo de actitudes muestra la voluntad de los sectores que conducían la Institución por posicionarse al margen de las controversias políticas y presentarse – diferenciándose de las instituciones francesas y españolas – como los defensores de la construcción de vínculos académicos motivados principalmente por el interés científico y también en alguna medida por el interés nacional argentino. En este sentido la consideración de que las invitaciones a académicos alemanes debían ser decididas en función de las aspiraciones de los universitarios argentinos muestra en alguna medida también el intento de distinguir las estrategias de la Institución Cultural Argentino-Germana de las organizadas por franceses y españoles. Mientras que los primeros tomaban la decisión en estrecha vinculación con la Universidad de París, en el segundo caso era la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas dirigida

¹⁶ Por ese entonces, la *Deutsche La Plata Zeitung*, de orientación netamente conservadora, era el principal periódico de la comunidad alemana en la Argentina.

¹⁷ “Albert Haas, ‘Aufzeichnung’, Buenos Aires, den 4. Oktober 1922”: PAAA, R. 64677.

por Santiago Ramón y Cajal en Madrid, quien en última instancia determinaba quienes eran los profesores españoles que podían viajar a Buenos Aires.

Limitaciones, debilidades y estrategias de la Institución Cultural Argentino-Germana: una primera aproximación

Como ya hemos señalado, a pesar de los reparos iniciales y de una actitud signada por cierta desconfianza, los diplomáticos alemanes reconocieron, con el paso del tiempo, a la Institución Cultural como la principal intermediaria en el intercambio académico con Alemania. De este modo, entre el cuerpo diplomático germano se impuso la idea, aunque con ciertas reservas, de que era necesario apoyar sus actividades. Casi un año después de enviado el primer informe sobre la fundación desde la misma embajada se relataban los esfuerzos de la Institución para obtener apoyo oficial tanto en Alemania como en Argentina y ser reconocida como el órgano privilegiado para el intercambio entre los dos países. El embajador, A. Pauli, afirmaba, con preocupación, que uno de los principales problemas que debía afrontar la asociación era la escasez de fondos. Así destacaba que sus símiles de Francia y España recibían periódicamente fondos, pero también subrayaba que éstos no pertenecían a los Gobiernos sino a los miembros de esas naciones que vivían en la Argentina. El diplomático alemán afirmaba como, en cambio, en el caso de la Institución Argentino-Germana no era posible recibir fondos locales y por eso insistía en la necesidad de darle apoyo financiero desde la embajada. Al mismo tiempo destacaba, una vez más, que era necesario tener en cuenta que las instituciones que se ocupasen de este tipo de actividades no podían tener un carácter exclusivamente privado.¹⁸

A mediados de la década, los diplomáticos alemanes comenzaron a insistir con más énfasis en la necesidad de apoyar a la Institución Cultural. Pero estas nuevas preocupaciones parecen vincularse sobre todo con el creciente impacto público de las actividades del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires.¹⁹ Era necesario contrarrestar la influencia académica francesa canalizada a través del instituto. También en este contexto reconocían que el envío de profesores invitados a la Argentina conformaba uno de

¹⁸ "A. Pauli, 'Gesuch der Institución Cultural Argentino-Germana um amtliche Anerkennung als Organ für den geistigen Austausch', Buenos Aires, den 20. August 1923": PAAA, R. 60431.

¹⁹ "Albert Haas, 'Abschrift VI 8433', Buenos Aires, den 12. Mai 1924": PAAA, R. 64925.

los medios más valiosos para la propaganda cultural. Miraban, por otra parte, con especial preocupación la influencia de los franceses entre los médicos argentinos. Bajo estas consideraciones solicitaron al Ministerio de Relaciones Exteriores que incrementase los fondos para la Institución Cultural. Así, en noviembre de 1926 ya la calificaban como el principal contrapeso frente a la gran magnitud de recursos que en la Argentina se invertían en la promoción de los vínculos culturales con Francia. Si bien señalaban que la Institución estaba en manos de argentinos, al mismo tiempo reconocían que mantenía un estrecho vínculo con la embajada – en gran medida porque los escasos fondos que ésta le proporcionaba eran fundamentales para su funcionamiento. Finalmente la juzgaban como una institución formada en parte por amigos de Alemania que trataban de fortalecer la influencia de su país sobre la cultura argentina. Al mismo tiempo hacían notar los buenos vínculos existentes entre los círculos que articulaban los lazos con Francia, Alemania, España e Italia.

Desde el punto de vista de su constitución, como ya hemos descripto, la Institución Cultural Argentino-Germana presentaba un grado de heterogeneidad mucho más pronunciado que las otras dos instituciones mencionadas con las que desarrollaron vínculos de velada competencia a lo largo, principalmente, de la década de 1920. Quizás esa heterogeneidad y los conflictos que rodearon su creación explique también una menor presencia e impacto público de sus actividades y una mayor debilidad a la hora de definir tareas y actividades. Aunque no hemos explorado aún en profundidad el impacto público de las conferencias y los actos organizados por la Institución – probablemente el de mayor repercusión público fue el de la visita de Albert Einstein –, es evidente que al menos el número de eventos fue notablemente menor al que, durante los años 1920, organizaron sus dos institutos rivales.²⁰ Esta heterogeneidad, por otra parte, estaba signada, en principio, por el hecho de que la organización que nos ocupa nucleaba – como hemos señalado ya en los primeros pasajes de este trabajo –, entre otros, a repre-

²⁰ Aunque el listado está sujeto a revisión, los invitados por la Institución Cultural Argentino-Germánica en los años 1920 fueron, en este orden, además de Einstein, el geógrafo Fritz Klute; el director del Kaiser Friedrich Museum de Berlín, Ernest Kühnel; el médico Unbert; el ex ministro de Instrucción Pública de Prusia Otto Boelitz; el médico Guillermo Latzko; el geólogo Carlos T. Sapper; el historiador del arte Augusto L. Mayer; el médico Ch. Jacob; el filósofo Hans Driesch; el médico Erich Leschke; el filósofo Hermann, conde de Keyserling; y el arqueólogo Walter Lehman. En ese mismo lapso el Instituto de la Universidad de París invitó a 33 académicos. El impacto público medido sobre todo a partir de la presencia en los principales diarios de la capital fue, además, mucho menor al de los eventos organizados tanto por la Institución Cultural Española como por el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires.

sentantes diplomáticos, académicos y miembros de la colectividad alemana que desarrollaban actividades muy diversas en el seno de la sociedad porteña y que mantenían diferencias significativas sobre la orientación de la política académica alemana en la Argentina.

Pero la heterogeneidad evidente en la composición de la Institución que articulaba a académicos argentinos por un lado y miembros de la colectividad alemana por otro explica solo en parte la debilidad de la Institución. Otra de sus limitaciones principales radicaba en sus vínculos con el Estado alemán. El Instituto de la Universidad de París era considerado como un organismo estrechamente vinculado a la comunidad académica francesa y era percibido como un articulador oficial de las políticas de intercambio argentinas y francesas. En el caso que nos ocupa, en cambio, los vínculos con el Estado alemán eran más complejos y difíciles. Estos vínculos deben analizarse teniendo presente, en primer término, la estructura descentralizada de la política académica y universitaria alemana. Esto lo diferenciaba del caso francés, en el que la estrategia de construcción de relaciones académicas hacia el exterior estaba estrechamente centralizada desde un conjunto de organismos asociados con las agencias de política exterior.

En el caso alemán, las iniciativas de intercambio académico hacia América Latina a principios de la década de 1920 estaban a cargo de diferentes entidades. Entre ellas ocupaban un lugar estratégico la Universidad de Hamburgo y el Instituto Iberoamericano de la misma ciudad. Pero estos mismos institutos funcionaban de manera desarticulada y con escasas líneas de comunicación con los mismos organismos diplomáticos alemanes. Los problemas de articulación entre estas esferas – los institutos académicos dedicados a América Latina con sede en Alemania, la Institución Cultural, la representación diplomática alemana y los institutos universitarios argentinos – pueden advertirse en el caso de la visita del investigador del Instituto Iberoamericano de Hamburgo, Rodolfo Grossman, a la Argentina. Grossman había nacido en la Argentina, pero ya a principios de los años 1920 era considerado uno de los principales especialistas en temas latinoamericanos en Alemania. Ocupaba además un cargo destacado en el Instituto Iberoamericano mencionado. Por entonces buscaba apoyo financiero para su viaje a la Argentina, y con este propósito una nota de una compañía de navegación a la que se había dirigido Grossman le llegó a Ernesto Quesada, académico argentino que, como ya señalamos, había desarrollado parte de su formación en Alemania y que era, además, uno de los principales hombres de consulta de la embajada en temas culturales y académicos. Aparentemente Quesada recibió con sorpresa la nota, pero respondió aconsejando que Grossman, quien evidentemente desconocía la existencia de la

Institución Cultural Argentino-Germana, se dirigiese a ésta para obtener apoyo para su viaje.²¹

Frente a estas limitaciones de distinta naturaleza la Institución desarrolló una serie de estrategias con el fin de subsanarlas, más allá de requerir el apoyo de la embajada. Contaba, de todos modos, con algunas ventajas a la hora de intentar afirmar su presencia pública y gestionar así los medios para fortalecer sus proyectos de intercambio. Uno de ellos era la actitud de gran parte de los integrantes de los cuerpos directivos de la Universidad que procuraban asegurar que ésta, institucionalmente, se mantuviese neutral ante los conflictos y controversias internacionales frente a las que, con tanta vehemencia, se dividía, por entonces, la opinión pública en la Argentina. Diferentes integrantes de estos cuerpos mantenían una celosa vigilancia al respecto. En este marco, una de las principales estrategias que adoptó la Institución Cultural consistió en una activa política tendiente a asegurarse que la neutralidad se expresase en un trato similar por parte de la Universidad con respecto al que recibían las instituciones académicas que representaban a sus competidoras.

Las autoridades de la UBA procuraron así mantener el equilibrio entre partidarios de las diferentes potencias en pugna. En alguna medida, por esta razón, intentaron conservar una estrategia plural a la hora de otorgar apoyo financiero, establecer vínculos académicos, distinciones, invitaciones e incluso frente a los reconocimientos institucionales expresados en el otorgamiento del llamado “patronato” de la Universidad.²² Es probable, entonces, que en parte hayan actuado por voluntad propia y a partir de sus propias convicciones, pero que también tomaron decisiones, como ya señalamos, presionadas por las observaciones de los diversos integrantes de los cuerpos colegiados que gobernaban la Universidad y que se erigían en celosos custodios de dichos equilibrios.

En este contexto el 1 de diciembre de 1925 la Institución Cultural Argentino-Germana solicitó al rector de la UBA, en ese entonces José Arce, principal impulsor de la creación del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, se le otorgase el mismo subsidio que gozaba tanto éste como el Instituto de Cultura Itálica. En la carta se señalaba que “más que la ayuda material lo que les interesaba era hallarse en la misma situación respecto a

²¹ La observación de Quesada es reproducida en una nota de E. Arnold (agente del Norddeutscher Lloyd de Bremen) a Albert Haas, de la legación diplomática alemana en Buenos Aires, y está fechada el 21 de mayo de 1923: PAAA, Referat 117, Paket 55.

²² Al conceder el patronato la Universidad se comprometió, oficialmente, a auspiciar las actividades y ciclos de conferencias de las instituciones culturales, otorgando además de un subsidio monetario el espacio físico de sus facultades e institutos para la realización de éstos.

la Universidad que las otras instituciones similares”.²³ Este tipo de reclamos se reiteraría más tarde frente a los incrementos de los subsidios a las otras instituciones. La exigencia se hizo sentir, entonces, frente a un aumento del concedido en noviembre de 1926 al Instituto de Cultura Itálica. El criterio central era siempre el derecho a la igualdad en el trato a las diferentes asociaciones.

Otra estrategia consistió en “cortejar” a diferentes figuras con gravitación e influencia dentro del ámbito profesional y académico de la Argentina. En esta empresa la Institución Cultural contó con el respaldo activo de los funcionarios de la embajada alemana. La práctica más habitual llevada a cabo con este objetivo consistía en condecorar a personalidades relevantes e influyentes en los medios universitarios. Las distinciones consistían, por lo general, en una medalla otorgada por una institución universitaria alemana, por lo general también la Universidad de Hamburgo, que – como ya señalamos – canalizó gran parte de los vínculos académicos entre Alemania y la Argentina. Desde el punto de vista profesional los principales destinatarios de estas distinciones fueron médicos. Gregorio Araóz Alfaro, Mariano Castex, José Arce y Josué Beruti fueron condecorados por la mencionada universidad, por lo general a través de actos llevados a cabo en Buenos Aires.²⁴ Arce, conocido por su inclinación pro-francesa, fue homenajeado en septiembre de 1927. Los discursos pronunciados en aquella oportunidad enfatizaban que en esta distinción se honraba al universitario, al hombre de ciencia y también al impulsor de las relaciones intelectuales de Alemania con la Argentina.²⁵ El embajador alemán había insistido durante el año 1926 en la necesidad de condecorar a Arce, que no era reconocido como un amigo de Alemania como sí lo eran Beruti y Araóz Alfaro. Hacía hincapié, entonces, en el peso que aquél tenía no solo como científico o académico – ocupaba por entonces nada menos que el rectorado de la Universidad –, sino también como político, subrayando en este marco la relación personal de amistad que mantenía con el presidente de la nación, Marcelo T. de Alvear.

²³ “De Ricardo Seeber al señor Rector de la Universidad de Buenos Aires, Dr. José Arce, Buenos Aires, Diciembre 1 de 1926”: Archivo de la Universidad de Buenos Aires, Serie Profesores Extranjeros.

²⁴ “Homenaje a los profesores Araóz Alfaro, Castex y Beruti”: *Archivos de la Universidad de Buenos Aires I* (1926), pp. 125–126.

²⁵ “Homenaje de la Universidad de Hamburgo al doctor José Arce”: *Archivos de la Universidad de Buenos Aires II*, 2 (1927), p. 381.

Reflexiones finales

El análisis de los orígenes y las primeras actividades de la Institución Cultural Argentino-Germana ofrece una aproximación preliminar al estudio de las características que asumió el intercambio académico en la Universidad de Buenos Aires durante el período de entreguerras. Nos permite advertir, entre otros aspectos, el peso que en este intercambio adquirieron un conjunto de instituciones intermedias originadas en la sociedad civil, y al mismo tiempo posibilita comprender el peso que, en estas mismas gestiones, adquirieron los miembros de los servicios diplomáticos que procuraban articular las prácticas de intercambio en un contexto de velada competencia que involucró, principalmente, a franceses y alemanes.

Las instituciones que canalizaron el intercambio presentaban, por otro lado, diferencias internas significativas. A diferencia del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, la Institución Cultural Argentino-Germana se caracterizó en principio por la heterogeneidad en la composición de sus integrantes, ya que articulaba los esfuerzos de miembros de la comunidad alemana residentes en la ciudad y de científicos y académicos de ese origen con un núcleo de universitarios locales. Estos últimos se identificaron con la defensa de la neutralidad y sobre todo con el principio que procuraba evitar que las prácticas políticas contaminasen a la vida científica. Además, los miembros de la Institución sostuvieron la necesidad de asegurar que, en la definición de los actores que participasen del intercambio, la determinación en última instancia quedase en manos de los universitarios argentinos y fuese decidida en función de sus intereses.

Las actividades de la Institución gozaron de un menor impacto público que sus símiles de España y Francia. En alguna medida la debilidad de la Institución se debió a diversos factores: menores recursos, debido a un menor entusiasmo de la embajada alemana que nunca terminó de percibirla como una institución propia ligada al Estado o a la comunidad alemana en la Argentina – como sí lo hacían franceses y españoles con sus instituciones similares – aunque finalmente se resignó a apoyar sus actividades. A estas circunstancias se sumaron otros problemas, como la dificultad para reclutar conferencistas alemanes en condiciones de hablar en español y desajustes entre los distintos organismos dedicados al intercambio, debido a la vez al alto grado de descentralización que caracterizaba al mundo universitario germano y que contrastaba con la centralización que presentaba el sistema francés.

En este contexto los miembros de la Institución desarrollaron diferente tipo de estrategias para subsanar sus limitaciones. La exigencia de fondos y apoyo a la Universidad con base en la defensa del criterio de neutralidad y

trato igualitario en las relaciones con los representantes de instituciones similares fue una de ellas. La política de distribuir distinciones honoríficas entre los miembros de la comunidad universitaria local, en particular entre los médicos, fue otra de las estrategias utilizadas. De todos modos, éstas no pudieron contrarrestar las limitaciones y debilidades que signaron a las actividades de la Institución Cultural Argentino-Germana en los años 1920.

